

EL ARCO

Núm. 444

Catagena 9 Abril 1926

Año XVIII

periódico católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2,

Se reparte gratis

Ahorradores y gastadores

En la fiesta del Ahorro celebrada en La Coruña pronunció un discurso el señor Calvo Sotelo, en el que después de encomendar la práctica de dicha virtud, hizo una excepción por lo que se refiere a los ricos, que, según manifestó—a nuestro parecer acertadamente—, no deben ahorrar, porque el ahorro de los ricos no es tal ahorro, sino atesoramiento, que es altamente perjudicial y acaso peligroso.

El rico no tiene el deber de ahorrar, sino el de gastar. Debe gastar, en proporción a sus haberes, mucho el que tenga mucho y poco el que tenga poco, del mismo modo que el pobre debe también ahorrar en proporción a los suyos, poco si es muy pobre, y bastante si lo es menos.

Si los pobres no ahorran y los ricos no gastan, la miseria se ensañaría del mundo a la vez por los dos lados: por lo que no guardaban los primeros y por lo que guardasen los segundos. Es más, los primeros necesitan ahorrar para no estar expuestos a la miseria; pero sería imposible que ellos ahorrasen si los ricos ahorran también.

Los pobres deben de ahorrar precisamente con lo que gastan los ricos.

El pobre puede ser miserable por dos cosas: por no haber trabajado y por no poder trabajar. La causa de que no pueda trabajar, en la mayor parte de los casos, es el atesoramiento de los ricos. Los ricos que atesoran en vez de gastar perturban la vida de la sociedad, impidiendo el ejercicio de muchas industrias y el trabajo de muchos pobres.

Las fortunas demasiado grandes son tan perjudiciales a la sociedad como las fortunas demasiado pequeñas,

El dinero, para ser útil a la sociedad debe estar siempre en movimiento, y hasta conviene, para que su movilidad sea más provechosa, que las familias ricas se empobrezcan y las familias pobres se enriquezcan.

Eso es lo que pasa continuamente en el mundo y por eso el pobre tiene estímulo para el trabajo en el deseo de hacerse rico y el rico encuentra trabas para sus vicios en el temor de hacerse pobre.

El dinero debe servir para satisfacer las necesidades de hoy en primer lugar, y las de mañana en cuanto no sea necesario para las de hoy; pero sin exagerar tampoco, con agravio de la Providencia, esta prevención, pues no debe sacrificarse el hoy, que es seguro, por el mañana, que es probable.

Por eso el rico, que manifiestamente tiene de sobra, según todas las probabilidades para hoy y para mañana, no debe ahorrar, sino que debe gastar para que el pobre pueda trabajar y pueda ganar.

Dios ha criado las sedas y el oro para que los luzcan y los gasten los que puedan gastarlos, pues tejiendo la seda y buscando y pullingo el oro son muchos los pobres que pueden trabajar y ganarse la vida.

El rico que atesora es más inútil para la sociedad que el pobre que no trabaja. Todos deben trabajar y todos deben de vivir.

Para atesorar se basta y se sobra la naturaleza, sin necesidad de que el hombre la ayude en esta tarea.

El oro en la bolsa y el trigo en el granero no sirven para vestir al para alimentar a nadie

FERNANDO

¿La confesión es invención de los curas?

«Enorme disparate».—No te puedes figurar, si no lo has reflexionado bien, cuán enorme es este disparate. Sólo la pa-

sión, la ligereza y la prevención con que algunos miran las cosas de la Iglesia, por el odio que la tienen y, en fin el deseo de vivir a sus anchas, pueden afirmar tan disparatado error.

«No se necesita ser linca».—No, amigo mío, no se necesita mucho talento para decir que los curas no han podido inventar tal cosa. Y aunque luego te probaré claramente que Jesucristo es el autor de la confesión, ya desde ahora inevitablemente te persuadiré de que no son los curas los inventores de la confesión. Mira las razones:

«Razones previas».—1ª No hay curas ni hombres, fuera de Dios, capaces de lograr que la humanidad se someta a semejante imposición. Imagínese que no hay confesión, y que sale un cura o dos o veinte, diciendo: «Mandamos que todo el mundo nos diga sus pecados, porque si no, no entra en el cielo.» Podrían engañar a algún cuitado, no digo que no, a unos cuantos benditos. Pero ¿hacer que todos fueran a confesarse? Imposible. ¿Tan tontos te parece que son?—2ª Y si se hubieran sujetado, lo hubieran hecho con protestas, con revoluciones, con disgustos, a regañadientes, en unos pueblos sí y en otros no, los indios tal vez pero no sabios... Más no ha sucedido nada de eso. Ya se encontraría en la historia algún rastro del tiempo en que se había introducido una novedad tan grande, tan rara tan dura. A ver, pues, que nos digan, ¿cuándo se inventó esto? ¿Quién lo inventó? ¿Cómo se sujetaron a esta ley todos los pueblos? y hasta los doctos, y los reyes, y los mismos curas, y los Papas? ¿Cómo...—3ª Si los curas lo hubieran inventado, al menos se hubieran exceptuados así mismo de la ley. Ahora bien nadie de los curas ni el mismo Papa se considerará libre de confesar sus pecados a otro; todos piensan que si no les absuelve otro de sus pecados mortales, si los cometen, no se pueden salvar.

R. S. J.

Cosas que pasan

«SALOMÓN» EN BAVIERA

Los periódicos de Madrid relatan la siguiente graciosa historia:

En un pueblito de los alrededores de Rachelberg un colista apistó el otro día a un ganso, ofreciendo después dos marcos de indemnización al dueño del animal.

El campesino exigió cinco marcos, autorizando al colista para que se llevara su víctima. Como el colista no quería cargar con estorbos, mantuvo su criterio, y la discusión amenazaba eternizarse. Finalmente se llamó como árbitro al alcalde.

«Es muy sencillo—declaró—: Que el colista dé al campesino los dos marcos que ofrece; yo añado estos tres marcos y me llevo el ganso. Los dos conseguís lo que deseáis.»

BOFETADAS A 50 LIRAS

Ha muerto en Roma el Conde Biondelli, que era muy conocido en la histórica ciudad.

Con él siempre se le vela por el Corso conduciendo un soberbio coche, tirado por seis magníficos caballos.

Entre los espacios era popular, y con ellos gustaba divertidas a los ociosos cochufletas.

En cambio, con los cocheros tenía la manía de comportarse mal. Un día, nuestro buen conde pasó con un virga de las palabras a los hechos, y le dió una soberbia bofetada.

En julio de falta, se condenó al distinguido automedonto al pago al cochero de una multa de 50 liras.

Para hacer efectivo dicho pago sacó de su bolsillo un billete de 100 liras, y se lo dió el cochero.

—No tengo cambio—añadió—; estamos en paz.

Y usando la palabra al hecho le dió al cochero otra bofetada.

Esto presentó la segunda querrela del siglo.

Imp. E. Garrido